

Los dos hombres sacaron de nuevo á la sala la silla en que estaba atado el Maestro de Escuela.

— Quitadle la mordaza y desatadlo — dijo David.

Siguió á esta orden un momento de espantoso silencio.

Los dos hombres desataron al Maestro de Escuela y le quitaron la mordaza.

Levantóse de repente el bandido: en su cara abominable estaban pintados la rabia, el horror y el espanto. Dió un paso con los brazos tendidos hacia delante, y dejándose caer de nuevo en el sillón, tendió los brazos al cielo y gritó con un acento de indecible angustia y de furor:

— ¡Ciego!!!

— David, dadle esa cartera — dijo Rodolfo.

El doctor puso una cartera en las manos trémulas del bandido.

— En esa cartera hay bastante dinero para asegurarte un albergue y pan en cualquier sitio retirado, hasta el fin de tus días... Ahora estás libre... vete... arrepiéntete... que el Señor es misericordioso.

— ¡Ciego! — repitió el Maestro de Escuela tomando maquinalmente la cartera.

— Abrid las puertas... que salga — dijo Rodolfo. Y las puertas se abrieron de par en par.

— ¡Oh, ciego!... ¡ciego!!! — repitió el bandido fuera de sí.

— Estás libre... tienes dinero... márchate.

— ¡Marcharme!... Pero... ¿Cómo?... ¡si no veo! — exclamó el bandido con furor. — Es un crimen espantoso el abusar así de la fuerza...

— ¡Es un crimen el abusar de la fuerza! — repitió Rodolfo con voz solemne.

— Y tú ¿qué has hecho de tu fuerza?

— ¡Oh! ¡la muerte!... Si; ¡hubiera preferido la muerte! — gritó el Maestro de Escuela. — Ahora estoy á la merced de todo el mundo... de todo tengo miedo... ¡Un niño me vencería en este momento!... ¡Dios mío!!! ¿qué será de mí?

— Tienes dinero...

— Me lo robarán — dijo el bandido.

— ¡Te lo robarán!... ¿Entiendes esas palabras que profieres con temor... tú, consumado ladrón?... Márchate... vete...

— Por el amor de Dios — dijo con humildad el bandido — ¡que me acompañe alguno! ¿Qué va á ser de mí por esas calles?... ¡Ah, matadme por piedad!... ¡matadme!

— No... un día te arrepentirás.

— ¡Jamás!... ¡nunca me arrepentiré!... — gritó lleno de rabia y desesperación el Maestro de Escuela. — ¡Oh, yo me vengaré!... sí... ¡me vengaré!...

Y se levantó del sillón con los puños cerrados.

Al primer paso se estremeció.

— ¡No... no... no podré vengarme... á pesar de ser tan fuerte!... ¡Ah, qué digno de lástima soy!... ¡Nadie se apiada de mí... nadie!...

Sería imposible pintar el estupor y el asombro del Churiador durante esta escena terrible. Se vió una expresión de lástima en su rudo semblante, y acercándose á Rodolfo le dijo en voz baja:

— Señor Rodolfo, no llevó más que su merecido... era un facineroso terrible... También quiso matarme hace poco; pero ahora está ciego y no sabe por donde ha de ir... Pueden estropearlo por esas calles... ¿Queréis que le lleve á algún sitio en donde pueda estarse quieto por lo menos?

— Sí... — dijo Rodolfo conmovido por este rasgo de generosidad; y tomando la mano del Churiador: — Sí... acompáñale...

— El Churiador se acercó al Maestro de Escuela y le dió una palmada en el hombro.

El bandido se estremeció y dijo con voz sorda:

— ¿Quién me toca?

— Yo.

— ¿Quién eres tú?

— El Churiador.

— ¡Vienes también á vengarte!...

— No sabes cómo has de salir de aquí... toma mi brazo... voy á acompañarte.

— ¡Quién!... ¿tú?

— Sí, yo... ahora me das lástima... vamos, vente...

— Quieres hacerme alguna treta ¿eh?

— No soy cobarde, ya lo sabes... no me valdré de tu desgracia para ofenderte... Anda, vamos que ya es de día.

— ¡De día!... ¡ah! ¡ya no veré jamás el día! — exclamó el bandido.

Rodolfo no pudo presenciar por más tiempo esta escena, salió precipitadamente de la sala seguido de David é hizo una señal á los criados para que se retirasen.

El Churiador y el Maestro de Escuela quedaron solos.

— ¿Es verdad que hay dinero en esta cartera? — dijo el bandido después de un rato de silencio.

— Sí... yo mismo he puesto en ella cinco mil francos. Con ese dinero ya puedes encontrar posada y vivir el resto de tus días en cualquier sitio... en una aldea, por ejemplo... ¿Quieres que te lleve á casa de la Pelona?

— No, que me robará.

— ¿Á casa de Brazo Rojo?

— ¡Me asesinaría para robarme!

— Entonces ¿á dónde quieres que te lleve?

— No lo sé... Por fortuna tú no eres ladrón, Churiador. Toma, escóndeme bien la cartera en el chaleco, porque si la ve la Lechuza me la limpia.

— ¿La Lechuza? allá está en el hospital... Cuando estaba agarrado contigo esta noche la disloqué una cadera.

— ¿Qué ha de ser de mí, Dios mío, con esta cortina negra que tengo delante de los ojos?... Y si en esta cortina negra se me presentan los semblantes pálidos y moribundos de los que...

Estremeciéndose el bandido y dijo con voz alterada al Churiador :

— ¿Murió el hombre de esta noche?

— No.

— Tanto mejor.

Permaneció algunos momentos en silencio, y dando luego un impetuoso salto exclamó enfurecido :

— ¡Tú tienes la culpa de todo esto... tú, Churiador !... ¡ladrón!... Á no ser por ti hubiera despachado á ese hombre y le hubiera robado el dinero... ¡Estoy ciego por causa tuya !... ¡sí, tú tienes la culpa !...

— Vamos, déjate de eso que no es bueno para la salud... ¿Vienes, ó no?... Estoy trasnochado y quiero dormir... Mañana tengo que ir al muelle á pelear con mis palos. Si te vienes te llevaré á donde quieras, y después me iré á dormir.

— ¡Pero si no sé á donde ir!... Á mi cuarto no me atrevo... porque sería preciso decir...

— Pues entonces escucha ¿quieres venirme á mi agujero por uno ó dos días?... tengo unos huéspedes que te gustarán, y como no saben quién eres te darán posada y te cuidarán como á un enfermo... Mira, hay justamente un hombre de San Nicolás, que yo conozco y cuya madre vive en San Amadeo: es mujer muy de bien, pero no está muy sobrada y puede ser que se encargue de cuidarte... ¿Te vienes ó no?

— Puedo fiarme de ti, Churiador... No temo que me robes el dinero, porque afortunadamente no eres ladrón.

— ¿Y cuando me echabas en cara el que no era *hacho*¹ como tú!

— Entonces... ¿quién podía adivinar?...

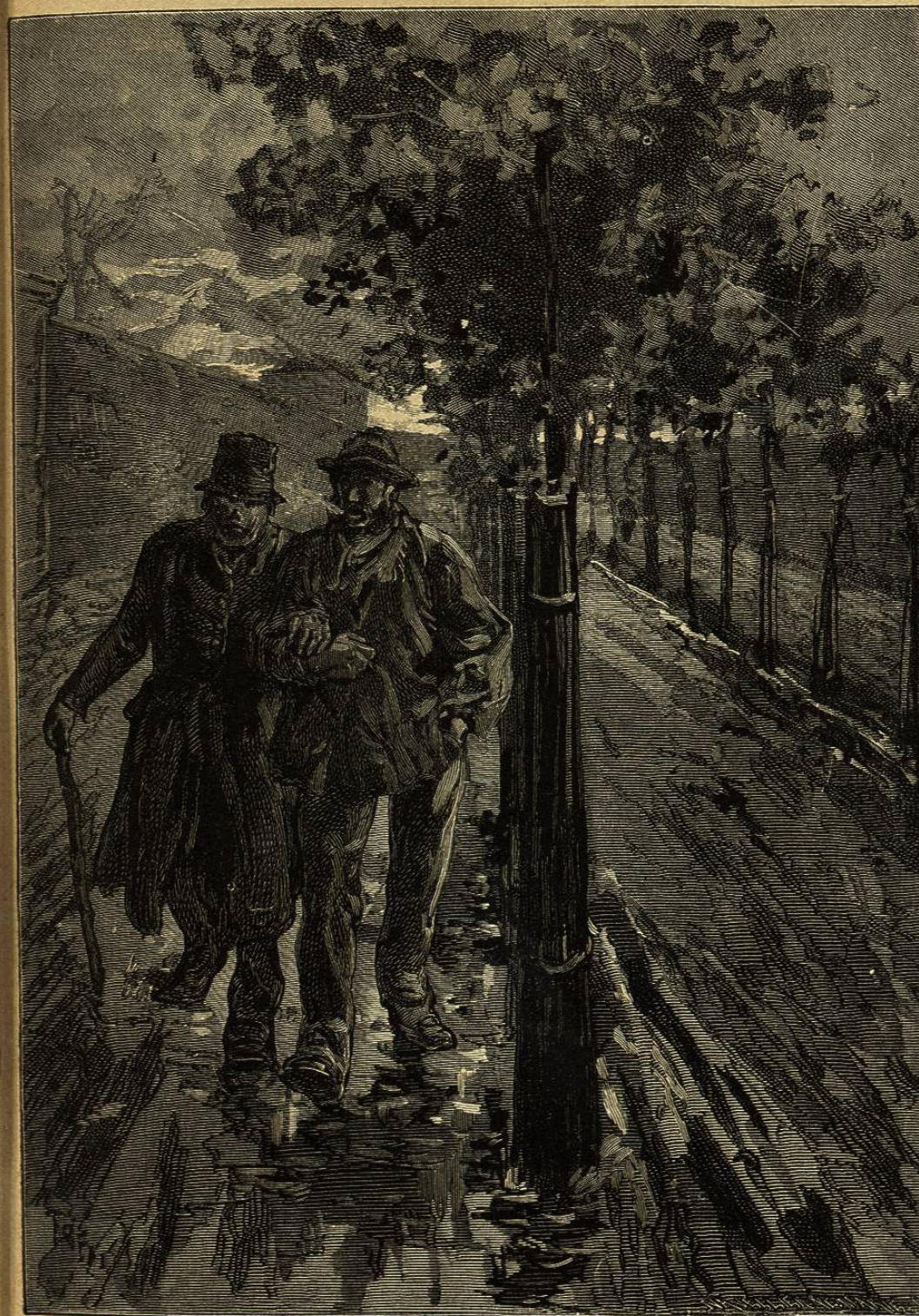
— Si entonces te hubiera dado crédito... á estas horas ya no tendrías dinero.

— Es verdad; pero tú no guardas odio ni rencor... — dijo con mansedumbre el bandido; tú vales mucho más que yo.

— ¡Caramba! ¡ya lo creo! El señor Rodolfo me dijo que tenía corazón y honor.

— Pero ¿quién es ese hombre?... ¡Ese no es un hombre! — gritó el bandido con furiosa desesperación — ¡es un monstruo !...

¹ Ladrón.



¡Ciego, Dios mío !... ¡Ciego !

El Churiador alzó los hombros y dijo :

— Ya vuelves á incomodarte. ¿ Nos vamos ó no ?

— Á tu casa, ¿ no es verdad, Churiador ?

— Si.

— No me guardas ningún rencor por lo de esta noche... ¿ me lo juras, Churiador ?

— Te lo juro.

— ¿ Y estás seguro de que no murió... *ese hombre* ?

— Estoy seguro.

— Siempre será uno menos — dijo el bandido. — Si se supiera cuántos...

¡ Ah ! el viejecito de la calle de Roule... y la mujer... del canal de San Martín...

¡ Si; ahora no pienso más que en esto!... ¡ Ciego, Dios mío!... ¡ ciego! — exclamó en voz alta; y apoyado en el brazo del Churiador salió de la casa de la calle de las Viudas.